

mente establecida: el carácter inminente y fatal del derrumbe del capitalismo, presa de sus propias contradicciones internas. Hoy en cambio debemos abandonar esas ilusiones catastrofistas. El neocapitalismo —la historia de los Estados Unidos y de Europa es la mejor prueba—, tiene la capacidad suficiente para asegurar sin graves tropiezos la expansión de las fuerzas productivas, y para mantener en sus manos el control del aparato económico, industrial y político. Ahora bien, la clase obrera debe aprovechar a su favor la peculiar estructura del neocapitalismo y formular una estrategia y una táctica de lucha adecuadas a la vida moderna de la sociedad occidental.

V. F. O.: *¿Y cuáles serían los principios que, según usted, deben informar el proceso revolucionario en los países altamente desarrollados?*

MALLET: Todavía tienen un carácter provisional y fragmentario, pero he podido ya formular algunas ideas sobre el tema. Afirma que, desde el punto de vista estrictamente económico, el neocapitalismo representa un sistema de compromiso y transición entre el capitalismo clásico y el socialismo. Pero junto a esas fórmulas "socializantes" de la economía, nos encontramos con que el aparato político y la estructura del poder siguen siendo netamente capitalistas. Pero ¿cómo actuar frente a esa realidad? Tradicionalmente, el problema de la revolución ha sido el problema de la toma del poder por la clase obrera —la dictadura del proletariado—, para desde ahí operar las necesarias transformaciones económicas. La revolución debía realizarse en dos tiempos: a) control proletario del Estado y b) colectivización de los medios de producción, planificación y desarrollo socialista de la economía, eliminación del mercado, etcétera. Hoy, en mi opinión, el camino debe ser el inverso: en primer lugar, realización de la democracia económica por la clase obrera, y control por la misma de los órganos de decisión del sistema, por medio de la autogestión y la participación en el "gobierno" de los centros de planificación, de financiamiento, de distribución, etcétera, y sólo después, en un segundo momento, control del aparato político y del Estado. Y es que en las condiciones actuales es infinitamente más realista luchar por la gestión del aparato económico que por la toma del poder político; casi diría que este segundo propósito, cuando absorbe todos los esfuerzos de los partidos revolucionarios, se inscribe dentro de esas peligrosas "utopías" que han terminado en muchas ocasiones por neutralizar la combatividad de la clase obrera. Antes, se distinguía tajantemente entre luchas a corto plazo y a largo plazo, entre luchas económicas y luchas políticas. Ahora, en cambio, hay que darse cuenta de que las luchas económicas son también políticas, que hay un cambio de cantidad a calidad en cada movilización de la clase obrera. En otras palabras: aquí y ahora se puede luchar por el socialismo, porque cada batalla del proletariado es ya inmediatamente una batalla por la revolución. Las huelgas, por ejemplo, no tienen un carácter exclusivamente económico, sino que lo tienen también político. La huelga de los mineros en Francia, el año pasado, no se proponía solamente lograr reivindicaciones económicas sino, en verdad, modificar una serie de relaciones y dependencias entre la industria del carbón y la industria química, al mismo tiempo que conquistar formas de representación obrera que significaban un avance neto en el camino de la democracia.

El objetivo fundamental del proletariado, en el momento presente, consiste en participar en la gestión del aparato económico: en los órganos de decisión y control de las empresas nacionalizadas, en las instituciones de planificación, de financiamiento y de crédito, en la concepción y ejecución de los presupuestos del Estado; lo que se persigue es cambiar la vieja estructura burocrática de los ministerios, con el fin de que los representantes del proletariado, aquí y ahora, formen parte de los organismos técnicos que regulan la vida económica de un país moderno. No necesito subrayar el enorme avance democrático y socialista que significarían estas conquistas. Por eso afirmaba que la lucha por el socialismo es una tarea a corto plazo, y que no debe paralizarnos la dificultad de tomar en lo inmediato el aparato del poder político del Estado. En realidad, muchos de los problemas de la izquierda europea, en los últimos tiempos, se han debido a posturas de este tipo, sectarias e inadmisibles.

V. F. O.: *¿Este análisis del capitalismo y, sobre todo, de la perspectiva revolucionaria apuntada por usted, es algo exclusivo de ciertos sectores de la izquierda francesa o coinciden también otras fuerzas revolucionarias del continente?*

MALLET: En Francia, el P.S.U., el ala izquierda del S.F.I.O. y algunos de los sindicatos más importantes luchan ya por hacer triunfar estas posiciones. Pero en toda Europa hay fuerzas coin-

cidentes: en Italia, el Partido Comunista y la fracción de izquierda del Partido Socialista; en Bélgica, la izquierda sindical; en Alemania, los más grandes sindicatos (los de las industrias química y siderúrgica). Pero sobre todo debemos subrayar el caso del Partido Laborista inglés, dirigido ahora por Wilson, que además de sostener un programa político de los más avanzados y lúcidos de la moderna izquierda europea, tiene grandes posibilidades de triunfar en las próximas elecciones; también Wilson se propone lograr la participación obrera en la gestión del aparato económico de Inglaterra. Pero lo más importante es que comienza a formarse una izquierda continental con un programa revolucionario común, porque ésta es la única forma de contestar eficazmente los intereses de un neocapitalismo y de una economía de monopolios que se ha organizado, a través del Mercado Común, a nivel continental.

V. F. O.: *¿Estas tesis expuestas por usted, y que sostienen muchos de los hombres de la moderna izquierda europea, encuentran oposición entre otros partidos y grupos de izquierda, particularmente entre los partidos comunistas?*

MALLET: Sí, y la mayor controversia —que por lo demás comienza a ventilarse públicamente, lo cual es también un avance— se ha suscitado con los partidos comunistas de corte staliniano. El P.C. italiano, como dije, es la excepción. La doctrina revolucionaria de Lenin es clara: 1º) dictadura del proletariado, es decir, control del Estado por la clase obrera; 2º) transformaciones socialistas de la economía. Lo que pasa es que los partidos comunistas tradicionales siguen aferrados mecánicamente a dicha tesis leninista, sin percibir que el marxismo —y de ahí su eficacia— es una teoría profundamente realista que no puede anquilosarse en fórmulas fijas e inmutables. Si Lenin viviera de seguro habría cambiado muchas de sus proposiciones concretas, por la sencilla razón de que el mundo es hoy distinto del mundo que vivió Lenin. Para nosotros, la estructura del neocapitalismo y la relación actual de fuerzas impiden que sigamos soñando en una conquista del poder político desde las barricadas. La situación es otra, y hay que aprovecharla como venga, con lucidez y audacia, y sobre todo sin desmovilizar al proletariado. Por eso decía que la lucha por el socialismo, en este tiempo, no puede dividirse en las dos etapas de la clásica fórmula leninista; hoy lo primero es luchar por el control del aparato económico, y sólo después por el dominio del Estado.

Es verdad que las nacionalizaciones siguen siendo fundamentales para el proletariado. Pero no bastan: lo que se persigue es la ingerencia y la gestión obrera en el cuadro de esas nacionalizaciones, su voz y su voto en las decisiones de los centros de poder económico. En la actualidad, en Francia, entre el 35% y el 50% de la gran industria está en manos del Estado, pero sin gestión ni control obreros; nuestro objetivo actual consiste justamente en hacer posible que las organizaciones proletarias participen en la "dirección" de las industrias nacionalizadas. A primera vista esto pudiera parecer una reivindicación puramente económica; en realidad es una conquista política de primera magnitud: un paso decisivo hacia el socialismo. En nuestro tiempo es el único camino de acercarnos a la liberación humana y humanista con la que soñaba Marx. Lo demás es continuar luchando con fantasmas, y el camino más seguro para llevar a la derrota al proletariado.

2. ANDRÉ GORZ

En el prólogo-presentación a *Le traître* (1958), el primer libro de André Gorz, escribió Sartre: "La inteligencia de Gorz nos asombra desde el primer momento: es una de las más ágiles y agudas que conozco; es preciso que haya tenido una gran necesidad de ese instrumento para afinarlo tanto." En ese libro, a los 32 años y siendo prácticamente un desconocido, Gorz, mitad judío, mitad austriaco, mitad suizo, tuvo la audacia de narrar en más de 300 páginas apretadas, a veces contradictorias, siempre brillantes, testimonio de una lucidez casi enfermiza, la historia de la constitución de su *Ser*, de la conquista del derecho a llamarse a sí mismo en la primera persona del singular: *Yo*. Aun a riesgo de que la circunstancia haga demasiado pedante el término, me atrevo a decir que *Le traître* es una autobiografía *ontológica*, que quizá no tiene paralelo en la historia de la literatura occidental. Con una soltura poco común, Gorz utiliza simultáneamente los hilos del marxismo, del psicoanálisis, de la fenomenología, para reconstruir la trama de su existencia pasada, para aclararnos la historia de "ese tipo delgado, el ojo y el



"enajenaciones de nuevo cuño socialista"

pómulo vacíos, el mentón y la frente huidizos, con su largo cuello de tortuga que sale, tendido hacia adelante, de una espalda un poco encorbada: aspecto de volátil de gestos parsimoniosos, como si intentase contener en sí mismo su ser...", según el autorretrato que nos entrega en *Le traître*.

En 1959 Gorz publicó su segundo libro: *La morale de l'histoire*, reflexión profunda, ahora, sobre algunos de los temas decisivos del mundo contemporáneo: la enajenación, el sentido profundo de la revolución y del socialismo, la moral en acto que es la *praxis* del proletariado. Gorz había pasado de la primera persona del singular a la primera del plural: la mónada de los primeros tiempos intenta salvarse ahora tendiendo un puente hacia la comunidad. En adelante, Gorz abandonará las investigaciones propiamente filosóficas y abstractas, para dedicarse a lo histórico y concreto: la estructura del neocapitalismo europeo, la economía de monopolios, el Mercado Común y, sobre todo, las perspectivas de la revolución socialista en un mundo que parece negar radicalmente las tesis de la pauperización absoluta de las masas asalariadas y del estancamiento de las fuerzas productivas del capitalismo. En la actualidad, Gorz trabaja en un libro sobre estos temas, cuya conclusión evidente —según sus propias palabras—, es que la revolución socialista sigue siendo una necesidad inaplazable para el proletariado, pese a la relativa prosperidad de que goza en una Europa profundamente transformada por el neocapitalismo.

Desde hace algún tiempo Gorz milita activamente en la izquierda francesa y europea, colabora en varias revistas de gran influencia (forma parte del comité de redacción de *Les temps modernes*) y ha participado

en un buen número de coloquios internacionales, al lado de algunos de los intelectuales y dirigentes políticos y sindicales más prestigiados del viejo continente. La sólida formación filosófica de Gorz, su penetración excepcional, su rigor de economista y científico, contribuyen en primera línea a la integración de la moderna izquierda europea. Gorz es hoy un ejemplo nada común de seriedad intelectual y convicción revolucionaria apasionada.

En esta entrevista, André Gorz se refiere a algunos de los problemas más importantes del socialismo: centralización o descentralización, democracia, liberación auténtica del hombre y enajenaciones de nuevo cuño socialista, etcétera. Pero dejemos hablar a este intelectual profundamente preocupado por el presente y el futuro de la humanidad.

V. F. O.: Algunos autores piensan que el problema decisivo de la democracia socialista está ligado íntimamente a la cuestión de la centralización o descentralización del sistema, ¿qué piensa usted sobre el particular?

GORZ: Estoy convencido que la planificación central es una necesidad en los primeros tiempos de la revolución socialista en un país subdesarrollado. Y es que no parece haber otra fórmula para "organizar" la economía y sentar las bases iniciales de un crecimiento rápido y armonioso. Lo malo es que los inconvenientes de este tipo de planificación se dejan sentir muy pronto: en primer lugar, por la falta de cuadros competentes y experimentados; en segundo lugar, porque el más pequeño error de los órganos centrales repercute de manera amplificada en todos los sectores de la vida económica. En la Revolución Cubana, por ejemplo, los más graves problemas en el aspecto de la producción y la distribución han surgido de decisiones centralizadas que se han tomado sin un suficiente contacto previo con las condiciones reales de cada región o rama de la actividad económica, o sin medir exactamente las exigencias del desarrollo en su conjunto. En cambio sus grandes éxitos, hasta ahora, se deben sobre todo a la existencia de una personalidad como la de Fidel Castro, que sobre la marcha corrige y contrarresta los excesos de la tendencia centralizadora y burocrática de esta etapa de la revolución. Pero quisiera referirme también a la experiencia yugoslava. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, este país vivió una especie de hiperestalinismo que muy pronto, a raíz de su controversia con Stalin y de su expulsión del Cominform, estuvo obligado a corregir. ¿Cuál fue el mejor método que encontraron los dirigentes yugoslavos para racionalizar el sistema? Hacer responsables de la marcha de las empresas a las colectividades locales y a los grupos de productores, con la consecuencia inmediata de aceptar el mercado e integrarlo al marco general de la planificación.

V. F. O.: ¿Quiere decir que la autogestión social se impuso al régimen yugoslavo como una necesidad objetiva?

GORZ: Más aún: la ironía de la historia es que la responsabilidad de la gestión obrera se impone como una exigencia política y económica ineludible a todos los países socialistas, cuando han llegado a un cierto nivel de desarrollo. A partir del momento en que se resuelven los problemas cruciales del atraso, y deja de ser vital el imperativo de producir a no importa qué precio, el desenvolvimiento económico debe fincarse en una racionalidad y economía de la producción cada vez mayores, so pena de que se agudicen las contradicciones y el malestar social. *La producción, a partir de ese momento, debe satisfacer necesidades cualitativas y no puramente cuantitativas*. Ahora bien, la experiencia en la Unión Soviética, en Checoslovaquia, en Hungría, etcétera, nos enseña que la planificación central es esencialmente incapaz de satisfacer esos criterios.

V. F. O.: ¿Podría usted citar algunos casos concretos que ilustren su idea?

GORZ: Normalmente, en esos países la comisión central del Plan fija las tasas de producción de acuerdo con metas *cuantitativas* que se expresan en toneladas, y según objetivos *financieros* que se traducen en cifras de negocios y ganancias que debe realizar cada empresa. Pero ocurre que la dirección burocrática y autoritaria de las empresas (los directores son los únicos responsables de la realización del Plan) tiende automáticamente a cumplir con el plan financiero disminuyendo la *calidad* de los productos, y con el plan cuantitativo elaborando productos "pesados", capaces de rendir el tonelaje exigido por los órganos centrales. Recientemente, en una fábrica de muebles checos-

lovaca tuvo oportunidad de presenciar el siguiente caso: algunos ingenieros y técnicos en la materia aconsejaban la construcción de muebles ligeros, tipo danés, que resultaban más baratos, más funcionales y atractivos que los viejos muebles de elaboración tradicional; sin embargo, pese a la razón que asistía a estos técnicos, el director rechazó la proposición con el absurdo argumento, desde el punto de vista económico y humano, de que los muebles daneses eran demasiado "ligeros" y sería imposible entonces cumplir con el "tonelaje" fijado por el Plan. Es necesario aclarar que los directores de las empresas ganan primas adicionales cuando realizan o superan las normas de producción establecidas por la comisión central.

Otro ejemplo revelador: hasta hace poco, en la misma Checoslovaquia, una fábrica de bienes durables tenía la posibilidad abierta de construir o refrigeradores o lavadoras; ahora bien, como la fabricación de lavadoras resultaba técnicamente más fácil y, por consiguiente, más costeable, la empresa se dedicó casi exclusivamente a producir lavadoras, con la intención de satisfacer holgadamente las exigencias financieras del Plan. El resultado desastroso fue que el mercado se inundó de lavadoras que nadie compraba (inclusivo cuando su precio se puso por debajo del costo) y, en cambio, era casi imposible encontrar en los almacenes un refrigerador. Y es que en el sistema de planificación centralizadas las empresas reciben el pago cuando *entregan* el producto para su distribución, no cuando se *vende* el producto. Posteriormente, la comisión central del Plan decidió prohibir la construcción de lavadoras durante un tiempo, lo cual, por otra parte, tampoco es el método adecuado para resolver estas graves anomalías.

V. F. O.: *¿Y no piensa usted que la planificación centralizada crea también problemas en cuanto a las condiciones mismas del proceso productivo, en cuanto al carácter humano o inhumano del trabajo que desarrollan los obreros?*

GORZ: A mi manera de ver, otro de los aspectos más negativos de la planificación central se debe al hecho de que las empresas reciben un equipo que se les asigna según criterios rígidos y predeterminados. Es decir, la construcción de los medios de producción se hace prácticamente sin tomar en cuenta las necesidades concretas del trabajo: los obreros no tienen la posibilidad de fijar ellos mismos el tipo de máquinas más adecuado para las tareas que realizan. En otras palabras: no hay un control obrero sobre el proceso productivo y sobre la organización del trabajo que correspondería a un óptimo humano. En este sentido, algunos de los sindicatos de los países capitalistas modernos (por ejemplo Italia), demuestran tener una ideología más avanzada que muchas de las organizaciones sindicales de los países socialistas. En primer lugar, porque constantemente vigilan el desarrollo humano de los obreros en el proceso de producción, y exigen que el trabajo se organice de manera que el obrero no sea confinado a tareas parcelarias y repetitivas que amputen su personalidad. Al contrario, buscan que el trabajo productivo mismo les permita el desarrollo constante de sus facultades profesionales, culturales y humanas. La técnica moderna no debe hacer imposible lo que Marx llamó el desarrollo multilateral del individuo. Por desgracia, muchas veces no hay conciencia del problema en los países de planificación centralizada: los sindicatos funcionan como simples correas de transmisión para la realización del Plan, y en este sentido son una mera prolongación de los órganos centrales y de la directiva de las empresas, sin una idea clara de lo que debe ser el trabajo como medio de realización humana. Nuevamente puedo citar una experiencia de mi reciente visita a Checoslovaquia. En Bata, cerca de Praga, hay una gigantesca fábrica de zapatos que ocupa a más de 33 mil operarios, pero mi gran sorpresa fue encontrar ahí una organización del trabajo según métodos tayloristas propios de los años treinta, que hoy han sido excluidos de la mayoría de los países capitalistas por las deformaciones que producen en los individuos. Sin embargo, el representante sindical ni siquiera había percibido el problema ni era consciente de las graves mutilaciones humanas a que están expuestos los obreros que se someten prolongadamente a tareas monótonas y repetitivas. A una pregunta mía, dicho representante sindical manifestó que, en su opinión, la tecnología moderna imponía *una manera* de realizar el trabajo que era común a todos los sistemas económicos de industrialización avanzada, y que en este sentido no había ninguna diferencia entre el capitalismo y el socialismo. Es obvio que para esta persona el socialismo no tenía nada que ver con la reivindicación humana concreta del trabajador.

V. F. O.: *Entonces ¿para usted cuál es el sentido último del socialismo, su verdadera razón de ser?*



"la responsabilidad de la gestión obrera"

GORZ: *El socialismo debe ser la subordinación de la producción a las necesidades humanas, tanto por lo que se produce como por la manera en que se produce.* Si la colectivización de los medios productivos no transforman al mismo tiempo la condición obrera en el lugar de trabajo y no permite a la colectividad de productores-consumidores determinar en común el *qué* y el *cómo* de la producción, estaremos lejos todavía del auténtico socialismo. Éste implica para realizarse sin falsificaciones que la comunidad entera *vigile* y *controle* todo el proceso productivo. De otra manera quedarían en pie prácticamente todas las enajenaciones capitalistas, salvo una: la explotación. Es verdad que la colectivización de los medios productivos elimina la ganancia, la apropiación de la plusvalía por unos cuantos, es decir, la explotación del hombre por el hombre, pero eso no quiere decir que automáticamente quede eliminada la *opresión*, la sujeción incondicional de los trabajadores a centros de poder y decisión "extraños", que se les imponen con férrea necesidad y sobre los que no ejercen ninguna suerte de control. La opresión, dentro del socialismo, sólo puede cancelarse por la gestión de los obreros, por su participación en las decisiones económicas fundamentales del sistema. Si el socialismo no aporta una liberación concreta del hombre al nivel de la vida cotidiana, se convierte necesariamente en una *abstracción*; en rigor no hay socialismo.

V. F. O.: *¿Pero no piensa usted que de cualquier manera la colectivización de los medios productivos, aun cuando sea en un régimen de planificación central, representa en sí mismo un avance neto frente a la economía capitalista, con su secuela de explotación, desperdicio, contradicciones e injusticia social?*

GORZ: No podemos negarlo, pero tampoco hay que olvidar que la racionalización del sistema y las ventajas económicas que en principio es capaz de aportar la planificación central, pueden ser anuladas por un desperdicio que, en ciertas condiciones, *puede* ser más terrible aún que el desperdicio capitalista. He mencionado antes los casos ilustrativos de las fábricas de muebles y de bienes durables en Checoslovaquia. Las fórmulas rígidas y burocráticas tienen el peligro de operar en el vacío, sin contacto con la realidad: demanda efectiva de los consumidores y producción cuantitativa y cualitativamente satisfactoria.

En el capitalismo, la existencia del mercado tiene un valor de regulador económico, de relativa "racionalización" de la producción, en primer lugar porque establece una relación dinámica entre productores y consumidores. Es claro que en una economía de mercado sigue existiendo una de las enajenaciones fundamentales a que se refirió Marx: el fetichismo de las mercancías. La eliminación del mercado tiende a cancelar la reificación y la producción de "valores de cambio"; sin embargo, la desaparición del mercado exige una serie de mecanismos capaces de

establecer un contacto permanente entre productores y consumidores, de otra manera la "racionalización" de la economía será mucho más aparente que real. Y esto es lo que no han logrado siempre los sistemas de planificación central. También es verdad que sólo podemos pensar en la desaparición del mercado en una sociedad de auténtica abundancia (el mercado es un resultado de la penuria); pero el problema es que aún en la época de transición —que viven actualmente los países socialistas—, y a pesar de que algunos aspectos del mercado siguen existiendo ahí de manera más o menos disimulada, es preciso asegurar la "coherencia" efectiva del sistema, la demostración indiscutible de su superioridad económica y humana sobre el sistema burgués. ¿Y cuál es la única forma de hacerlo? La autogestión social, la participación abierta de los productores-consumidores en el control de los órganos de decisión económica, desde los más generales —al nivel nacional—, hasta los más concretos —en las empresas individuales. Éste es el único camino, en mi opinión, de que el socialismo permita la plena satisfacción de las necesidades del hombre y el desarrollo libre de sus facultades creadoras.

3. LUCIEN GOLDMANN

Lucien Goldmann es uno de los pensadores marxistas más calificados de Europa. Por la originalidad de sus tesis, por su fuerza creadora y por su dedicación puntual a la investigación de fenómenos concretos. En rigor, decir que un pensador marxista posee estos atributos intelectuales podría parecer superfluo; y sin embargo, en una época en que el marxismo teórico y oficial, salvo contadas excepciones, vive un anquilosamiento alarmante, la originalidad y la fuerza creadora constituyen virtudes nada despreciables. En Goldmann no hay ni sombra del sectarismo asfixiante y del mecanicismo que define tantas obras pseudomarxistas. Al contrario, en cada página de su obra es patente la libertad de espíritu, el manejo de la dialéctica, el esscrúpulo científico.

Goldmann ha dedicado buena parte de su obra a desarrollar uno de los aspectos más difíciles y más abandonados del marxismo: el de la sociología de la cultura. Y como pocos, ha enriquecido los fundamentos metodológicos de una auténtica investigación de los lazos que hay entre la realidad económica y social de un pueblo, y las creaciones del espíritu. Desde su primer libro sobre Kant, Goldmann nos ha sorprendido siempre por su comprensión profunda de los fenómenos históricos, y nos ha entregado descubrimientos de la máxima importancia. Podríamos citar muchos títulos de Goldmann; sin embargo, bástenos con recordar aquí que durante varios años se dedicó a la investigación de la estructura de la tragedia en la época moderna, y que en dos libros: *Le Dieu caché* y *Recherches dialectiques*, expuso el fruto de esas investigaciones. En el primero de dichos libros, Goldmann analiza los fundamentos sociales de la obra de Pascal y de Racine, y en general del jansenismo, aclarando tal vez como nadie uno de los fenómenos históricos más interesantes del siglo XVII francés; en el segundo —subsidiario del primero—, Goldmann expone y desarrolla las bases teóricas que utilizó en el estudio concreto que hemos mencionado. Este último libro contiene algunas de las páginas más lúcidas que se han escrito sobre el tema de la metodología marxista.

Desde hace aproximadamente dos o tres años, Lucien Goldmann ha continuado desarrollando los problemas de una sociología de la cultura, ahora bajo la forma de una sociología de la novela. Este trabajo lo viene realizando en los institutos de *Hautes Études Pratiques*, en París, y de *Sociologie*, en Bruselas, de los que es profesor e investigador de planta. Los primeros resultados de estos análisis acaban de publicarse en la revista del Instituto de Sociología de la Universidad de Bruselas. En esta entrevista desarrolla sintéticamente algunas de sus observaciones más interesantes en este campo; el interés que pueden tener en nuestro medio no necesita subrayarse.

Lucien Goldmann, por lo demás, es bien conocido en México por su participación en el Congreso Internacional de Filosofía que tuvo lugar en nuestra capital el año pasado. Quienes entonces tuvieron la oportunidad de tratarlo, recuerdan su dinamismo intelectual, su espíritu abierto, su gran generosidad como maestro y su profunda pasión por los problemas del humanismo socialista, que constituyen en cierto modo el nervio

vital de toda su obra de pensador. En las páginas que siguen esperamos haber hecho patentes esas virtudes del gran amigo que es Lucien Goldmann.

V. F. O.: ¿Podría usted decirnos en qué dirección se han orientado sus más recientes investigaciones sobre la sociología de la novela?

GOLDMANN: El descubrimiento más importante de nuestra investigación pudiera sintetizarse así: haber comprobado que hay una rigurosa homología entre la estructura de la novela clásica y la estructura de la economía liberal. En realidad, desde hace tiempo se sabía que la novela es una forma literaria ligada al desarrollo del capitalismo: Lukács y Girard lo han afirmado, pero debemos añadir que nunca se precisó claramente en qué consiste esa liga, cuál es la naturaleza concreta de las relaciones entre la novela como forma literaria y el desarrollo del sistema capitalista. Ahora nosotros hemos demostrado científicamente que existe una estructura rigurosamente análoga entre la novela clásica y la economía liberal.

V. F. O.: ¿Cómo podría usted definir esa analogía?

GOLDMANN: Habría que preguntarse primero ¿qué es una novela? La respuesta más coherente a esta cuestión la he encontrado en dos obras: *La teoría de la novela*, de Lukács y *Verdad novelesca* y *Mentira novelesca*, de Girard. Tanto uno como otro definen a la novela como una búsqueda degradada en una sociedad degradada. Por ejemplo, la estructura esencial del *Quijote* está representada por los valores de caballería. Ahora bien, la historia de Don Quijote es la historia de una búsqueda apasionada de esos valores, sólo que dicha búsqueda se degrada por el hecho de que esos valores no existen ya en la sociedad que vive Don Quijote, sino únicamente en los libros de caballería; al mismo tiempo, los afanes de Don Quijote se realizan en una sociedad degradada frente al mundo de la caballería, en una sociedad *otra*, radicalmente distinta a la sociedad caballeresca. Hay aquí una profunda ruptura entre el héroe y el mundo: el héroe de la novela busca valores que al mismo tiempo rechaza su mundo, que son negados por la sociedad en que vive. Por eso los héroes de la novela son siempre *problemáticos*: ilusos o locos. Y es que en la narración novelesca el héroe no puede ser nunca un héroe *positivo*, no es alguien que lucha por valores que conoce verdaderamente, porque los valores que postula están ya degradados por el mundo en que se desenvuelve la historia. Los valores auténticos, en verdad, sólo existen en la cabeza del novelista, pero como algo abstracto, irrealizable.



"el desarrollo del sistema capitalista"